

han compaginado a la perfección la extensión con la seriedad teológica. Son numerosos los puntos de la teología que en este libro hallan una solución acertada y plenamente satisfactoria, como pueden ser: el “conflicto” entre fe y razón (pp. 62-66), la predestinación (p. 67), la “persona” de Cristo (p. 104), la virginidad de María (p. 124), la Pasión de Cristo (p. 142); diferencias entre el Antiguo y el Nuevo Testamento (p. 146), la opción fundamental (p. 314), la presencia real de Cristo en la Eucaristía (p. 447s.), el divorcio y la secularización sacerdotal (p. 454s.), el matrimonio y la virginidad (p. 521s.) etc.

Finalmente se ha de tener en cuenta —a pesar de tratarse de una obra traducida— la presentación agradable y atrayente que ayuda a comprender mejor lo que Jesucristo sigue enseñando a los hombres de hoy, todo lo que un cristiano debe no sólo conocer, sino gustar y amar y saborear y vivir.

CARLOS PESOS

Armando BANDERA, O.P., *La Virgen y los sacramentos*, Madrid, Rialp (Col. “Patmos”, n. 171), 1979, 292 pp., 12,2 × 19,2.

Bandera, profesor de Cristología y de Eclesiología, además de varios estudios de su especialidad, tiene publicado un folleto *María en el misterio de Cristo y de la Iglesia*, donde creemos encontrar el germen de este libro, realmente valioso por la calidad de alta divulgación y por haber afrontado en serio uno de los temas más arduos de la Mariología: la maternidad o mediación de María con respecto a los sacramentos. De entrada hay que decir que el libro se lee con verdadero interés, aunque se caiga pronto en la cuenta de que cada capítulo —aparte los dos primeros de introducción— es la explanación de un principio general: todos los sacramentos tienen una impronta mariana, que les da el hecho de que María ha sido asociada a la obra salvífica de su Hijo.

Podría parecer que nos encontramos con un alarde de agudeza especulativa, algo así como aquellas “agudezas de ingenio” que hacían nuestros conceptistas barrocos, pero el libro es teológicamente serio y coherente, sin concesiones ni al sentimiento ni a la galería.

El autor tiene en cuenta la teología sacramentaria clásica y trata de aplicar a los siete sacramentos lo que la Const. *Lumen Gentium* propone como elemento medular de la doctrina mariana: María es verdadera madre nuestra en la economía de la gracia (Cfr. LG, 61). El tema de la *mediación* de María —que fue aceptado en el esquema del cap. 8 de dicha Constitución no sin dificultades— o de su maternidad espiritual (que, según se enfoque el problema, o son la misma realidad, o realidades derivadas la una de la otra) presenta, en efecto, serias dificultades para su entendimiento teológico, cuando de la *Gracia* se

quiere dar como definición completa "un encuentro personal con Cristo", porque este encuentro, a primera vista, ni necesita ni admite intermedios: a lo sumo la mediación de *otra* persona, se reduce a la de un tercero que ayude y prepare tal encuentro.

Si la mediación de María, supuesta su radical intervención personal en la Encarnación, la limitamos a su especialísima *intercesión múltiple* (LG, 62), que potenciaría la intercesión de todo el Cuerpo Místico, no se ve cómo la Virgen Santísima pueda intervenir directa y efectivamente en los sacramentos que obran *ex opere operato*. ¿Cómo entender la *dispensación* de la gracia, de que habla el Magisterio, que Santa María ejercería en el cielo? A lo sumo, parece que no habría lugar más que para una simple intercesión, aunque valiosísima, en orden a las disposiciones del sujeto del sacramento. Se trata, como puede verse, de afrontar el problema de la causalidad física, y no sólo moral, de la Virgen, en orden a la gracia que producen cada uno de los sacramentos. El P. Bandera estudia el tema a base de una lectura en profundidad de textos del Vaticano II. Parte de la vinculación íntima e indisoluble (LG, 53) de María con el Misterio de Cristo, una inserción que ciertamente no se necesita, es gratuita; pero esa *gratuidad* no quiere decir que sea meramente *ornamental* (p. 192, y lo repite constantemente) ni exterior al plan salvífico de Dios; es un elemento integrante que, con palabras de Pablo VI, encarna "una complementariedad subordinada respecto al designio soteriológico de Cristo" (p. 66).

Ello, en buena lógica, nos lleva a descubrir que esa "complementariedad" se sitúa en el ámbito en que María es Madre del Cristo total. Se trata de captar todo lo que el Vaticano II dice de María, cuando la llama Madre de todos los hombres, especialmente de los fieles (LG, 54): y esta es una maternidad que, íntegramente considerada, implica generación, alumbramiento y educación (p. 149; Cfr. LG, 63). Dios ha querido precisamente vincular esta maternidad a todos los *actos* que, a nuestro modo de entender, componen la Redención de Cristo: no sólo nos redime Cristo con su Misterio Pascual, sino con su Encarnación y con todo lo que la Iglesia, sobre todo en su Liturgia, realiza para continuar su obra de Redención (Cfr. SC, 2-7): la Virgen, pues, es Madre en cuanto coopera no sólo a la generación de los fieles sino a su *educación*. Este es el tema central que el autor estudiará a fondo para aplicar el principio general a los distintos sacramentos.

1. Dios, por la *regeneración del Bautismo*, nos introduce en su Familia. Pero en toda familia hay una madre, porque Dios determinó restaurar todas las cosas en su situación original cuando creó al hombre y le dio una mujer. "Maternidad de la Virgen y paternidad de Dios no son conceptos contrapuestos ni realidades antagónicas que tiendan a limitarse y excluirse mutuamente. Mediante la maternidad de la Virgen, nuestro Padre Dios ha querido ofrecernos una nueva posibilidad de conocer mejor su paternidad divina" (p. 92). Dios ha escogido a una Mujer

para hacernos hijos suyos en su Hijo, por donde “lo bautismal es mariano y lo mariano es bautismal” (p. 94). De hecho, aunque el autor no aluda a ello, Pablo VI en la *Marialis cultus* ya pudo con toda razón afirmar: “Justamente los antiguos Padres enseñaron que la Iglesia prolonga en el sacramento del Bautismo la maternidad virginal de María” (n. 19). Lo cual explica que la generación bautismal y la maternidad mariana no son sino la misma realidad considerada desde dos perspectivas complementarias.

2. La *confirmación*, en cuanto donación del Espíritu Santo, está en dependencia de Pentecostés, acontecimiento en que la Virgen intervino, como resalta el Vaticano II: LG, 59; AG, 4. El autor insiste en la teología específica de ese sacramento: llevar a la plenitud de la vida cristiana, de modo paralelo a como la *educación*, en el desarrollo humano, lleva al educando a la mayoría de edad. Y es precisamente la *educación*, junto a la generación, una de las funciones que el Vaticano II asigna a la maternidad espiritual de María: educación en que interviene el conocimiento progresivo de la Palabra de Dios, así como la Virgen iba creciendo, por la meditación, en la inteligencia de las palabras de su Hijo. Es interesante la iluminación que, desde la confirmación, hace el autor sobre la *virginidad* y las demás vocaciones particulares que forman, en maravillosa diversidad, la unidad de la Iglesia; esta luz ilumina también, en su dinámica de expansión, el Apostolado (LG, 32) que es desarrollo de la gracia del Bautismo, y en el cual la Virgen, no sólo tiene función de ejemplaridad, sino una eficacia que la Confirmación recoge y consolida.

3. Al estudiar la *Eucaristía*, —siempre en actitud de integración y síntesis, y teniendo presente la complementariedad subordinada del influjo salvífico de la Virgen—, el autor analiza los tres aspectos fundamentales del sacramento: sacrificio, sacramento y presencia real de Cristo entre nosotros. Recuerda que el sacrificio es el aspecto de la Eucaristía que explica los otros dos, y por ello se detiene en señalar la aportación —siempre subordinada— que María tiene en el Sacrificio de Cristo, que es renovado de modo incruento en la Santa Misa. Basta pensar que el Sacrificio del Altar es el mismo que el del Calvario, para ver que la parte de María en la Misa deba ser la misma que en el Calvario: su compasión, asumida por Cristo para su Redención. Pero el autor añade una consideración original, discutible quizá, pero digna de tenerse en cuenta. Es corriente decir que María “preparó” la Víctima del Sacrificio redentor. Con ello se hace referencia, casi siempre, a la actividad maternal de María. Bandera, en cambio, vuelve al aspecto de la *educación*, ya señalado, y lo considera en relación con Cristo mismo. Jesús, estuvo “sometido a sus padres” desde la infancia, y recibió, como es lógico, la educación humana idónea para la misión que el Padre le había confiado. Si tomamos en sentido profundo la Encarnación del Verbo, vemos que su educación humana corrió a cargo de sus padres,

sobre todo de su madre, que lo engendró y amamantó. Y la educación afecta, naturalmente, a las disposiciones interiores, en nuestro caso las de Cristo: por tanto, su *amor* (simultáneamente humano y divino), que constituye el elemento principal y la dimensión interna de su Pasión, de la inmolación que de sí mismo haría al Padre, depende, en parte de la educación recibida. No sabemos hasta qué punto María pudo entender el sentido último de las palabras de Simeón en el momento mismo de la presentación de Jesús. Tal vez consiguió ver qué quería decir el que una “espada” le traspasaría el alma sólo poco a poco. Pero todo lo que la educación maternal pudo transmitir de sensibilidad y afectividad a Cristo, María lo compartió con su Hijo en el sacrificio del Calvario: y precisamente el amor de Cristo es lo que actualiza la Eucaristía-sacrificio.

No se trata —observa el autor— de buscar paralelismos de actitudes entre nosotros y la Virgen, sino de descubrir el influjo causal, si bien subordinado y en dependencia de Cristo, de María en el Sacrificio Eucarístico; influjo que se prolonga en la comunión y en la presencia de Jesús en el Sagrario. Además, naturalmente, María es también el modelo para recibir al Señor y buscar su presencia sacramental, así como su actitud contemplativa, que San Lucas describe con la expresión “dar vueltas en su corazón”, nos ayuda a penetrar en la profundidad de la Palabra divina.

4. El mismo procedimiento emplea el autor para detectar el influjo maternal de María en la *Penitencia*, sacramento de reparación y expiación, por el que Cristo nos devuelve o aumenta la gracia, en base al arrepentimiento que manifestamos a la Iglesia. También en este aspecto de la Salvación de Cristo, la Redención, María tuvo la parte que supuso su compasión. Y por esto ahora, en el *sacramento de la misericordia de Dios*, Ella, siendo la Madre del Redentor, es la que nos *transparenta* las entrañas maternas del Padre que perdona. “María nos ayuda a comprender mejor la índole y la finalidad misericordiosa del *juicio* que se realiza en este sacramento” (p. 178).

5. En la *unción de los enfermos*, que ayuda especialmente a compartir realmente la muerte de Cristo y refuerza en nosotros la esperanza en los bienes últimos, la acción de María, siempre en la misma línea de la compasión con Cristo, como hemos visto en la penitencia, actúa a modo de una preparación (es la última etapa de su tarea de madre y de educadora) para la aceptación de la propia muerte como pena del pecado; al mismo tiempo, María nos ayuda porque es “signo de esperanza y de consuelo” (LG, 68), ya que la Virgen es el origen y el modelo de la Iglesia que se ha de consumir al final de la historia.

6. En cuanto al sacramento del *Orden*, el autor subraya que el sacerdocio jerárquico es una identificación sacramental con Cristo Cabeza, a quien María engendró y dio a luz. María es Madre de *todo* el Cuerpo

Místico: e.d. del *Cristo total*, Madre de la Iglesia, que participa del sacerdocio de Cristo. Este sacerdocio de maneras distintas (es decir mediante el sacerdocio común y el ministerial, que se complementan, al tiempo que son esencialmente diversas) contribuyen a la edificación del Cuerpo de Cristo. Pero María, si es Madre de todo el Cuerpo, lo es de modo especial —maternidad fisiológica— de la Cabeza, Cristo, que es Sacerdote y Mediador en tanto en cuanto en su persona reúne la divinidad y la humanidad. De ahí el sentido profundo que tiene la exhortación del Vaticano II a los sacerdotes, a tener especial devoción a la Madre del Sumo y Eterno Sacerdote (PO, 18).

A propósito del sacramento del Orden, el P. Bandera ofrece un examen, breve pero importante sobre la cuestión del *sacerdocio de las mujeres*. La Virgen no recibió el Sacramento del Orden, afirma el autor, pero, así como la Revelación es “un Verbo encarnado”, así María *encarnó* en sí misma todas las vocaciones de la mujer: la Virgen es la personificación de la llamada de la mujer en Cristo, llamada que tiene su puesto en la gran misión universal de la Iglesia; porque la mujer tiene su puesto específico, cuyo modelo es María; el servicio bajo Cristo y con El para que se manifieste el plan redentor de Dios (p. 224).

7. Para explicar, por último, la presencia maternal de María en el sacramento del *matrimonio*, el autor afirma que este sacramento encierra y perpetúa un hecho salvífico fundamental: Cristo se hizo hombre en el seno de una familia, de un matrimonio: ello hace que, a partir de los desposorios de San José y Santa María, todo matrimonio cristiano perpetúa en la Iglesia la eficacia salvífica del origen humano de Jesús. El matrimonio es una realidad que tiene su plenitud en los hijos; y a la “generación” cristiana —la fe en el Bautismo— contribuye como parte integrante al matrimonio de los padres, es decir, la suma de las cualidades del matrimonio cristiano que se explican mucho mejor a la luz de la ejemplaridad de la Sagrada Familia. La redención humana —insiste el P. Bandera— fue llevada a cabo por Cristo naciendo en una familia, porque la Redención no sólo se realiza en el Misterio Pascual, sino con todos los actos y situaciones de la vida humana. Con ello se ve más claro cómo el Verbo nos ha introducido en la *familia* de Dios, porque Jesús, que es el Hijo de María desposada con José, es también el *primogénito* de muchos hijos.

Una vez destacados, en detalle, los puntos fundamentales en que apoya Bandera la exposición de la *eficacia maternal* de María sobre cada uno de los sacramentos, se puede decir que, en conjunto, el libro se presenta en forma de ensayo, como una reflexión honda y personal, pero dirigida al gran público, aunque ella requiera cierta preparación en el lector. Algunos puntos de vista de Bandera pueden quizás discutirse. Pero hay que reconocer que son deducidos lógicamente de la teología clásica sacramentaria y de una lectura en profundidad de la doctrina conciliar.

Al hablar como especialistas, nos gustaría que el autor se empeñara en la tarea de convertir su ensayo en un amplio estudio teológico que está todavía por hacer: dilucidar el alcance del influjo maternal y salvífico de María que el Vaticano I afirma en la Const. *Lumen Gentium*. Porque si María es —verdaderamente y no en metáfora— *Madre de la Iglesia*, tiene que tener un influjo, si bien subordinado al de Cristo, sobre la gracia específica de cada uno de los sacramentos. No basta con proponerla como modelo, o como persona que influye sobre las disposiciones del sujeto que recibe los sacramentos, sino como quien interviene en el *opus operatum*, que la Teología católica defiende en la causalidad sacramental de la Gracia.

LAURENTINO M.^a HERRÁN

Henri WATTIAUX, *Engagement de Dieu et fidélité du chrétien. Perspectives pour une théologie morale fondamentale*, Louvain-la-Neuve, Centre Cerfaux-Lefort, ("Lex Spiritus Vitae", n. 3), 1979, 302 pp., 24 × 16.

El Vaticano II urgía un especial cuidado en perfeccionar la exposición de la Teología Moral, que ha de nutrirse más intensamente de la Sagrada Escritura (*Optatam Totius*, 16). Esta recomendación conciliar explica la atención que se ha prestado en los últimos años al estudio de las fuentes de la Teología Moral: la Sagrada Escritura y la Tradición interpretadas por el Magisterio, la reflexión filosófica y las ciencias humanas. La renovación conciliar exigía prestar especial atención a la tarea de determinar el estatuto de estas fuentes de la moral cristiana, que debe "mostrar la excelencia de la vocación de los fieles en Cristo y su obligación de producir frutos en la caridad para la vida del mundo".

El libro de Wattiaux se presenta como un ensayo de aplicación de estas directrices conciliares. Aprovecha los resultados de la exégesis, se apoya en las verdades dogmáticas y tiene en cuenta las adquisiciones de los filósofos y teólogos cristianos para ensayar una fundamentación de la objetividad de la moral.

El A. divide su trabajo en cuatro partes. Después de una breve introducción, la *Primera parte* estudia, en el contexto de la Alianza, la fidelidad de Dios y la fidelidad del hombre en ese estadio de la Historia de la Salvación que nos narra el Antiguo Testamento. Hace un breve análisis del vocabulario (Berit, Ahaba, Héséd, Emet, etc.) para analizar con mayor detalle (pp. 57-117) los textos del Pentateuco y del Profetismo que nos hablan de la historia de la Alianza, tanto en su aspecto de alianza-contrato, susceptible de ser rota y restablecida, como de configuración de la Alianza Nueva, don imprescriptible de la ley divina en el corazón del hombre.